

## Matrimonio de Fernando III

“Que por mayo era, por mayo,/ cuando hace la calor,/ cuando los trigos encañan/ y están los campos en flor,/ cuando canta la calandria/ y responde el ruiseñor,/ cuando los enamorados/ van a servir al amor”.

Aún faltan varios siglos para que se escriba este romance, pero sucede lo que en él se dice. Es el mes de mayo. La primavera triunfa sobre los campos de Burgos. Algunas tardes son ya calurosas, aunque en la de hoy la temperatura es agradable. Doña Berenguela, la reina madre de Castilla, ha dejado su residencia habitual aleada al monasterio de las Huelgas y está en la ciudad. Ha subido a la terraza de la torre del homenaje del viejo castillo que ha sido convertido en alcázar real. Desde allí divisa los campos regados por el Arlanzón y su red de pequeños afluentes. El trigo está en granazón y el campo se llena de margaritas y amapolas. Se oye el canto de las calandrias, de los ruiseñores y los jilgueros, de las alondras, de los escandalosos gorriones, los silbidos de las oropéndolas. Bajo las alamedas que hay junto al río juegan los niños y algunos jóvenes se entrenan, semiescondidos, para el amor.

Doña Berenguela contempla esa explosión de vida y aumenta la inquietud que desde hace un tiempo la desvela. Han pasado dos años desde que cedió el trono a su hijo Fernando, tercero de este nombre. El rey ha cumplido los veinte y está soltero. Tontea con unas y con otras porque él también quiere servir al amor, pero ella, la reina madre, no deja que esos tonteos pasen a mayores. Mas, es consciente de que las cosas no pueden seguir así. Doña Berenguela se dice:

—Es preciso acabar con la soltería de Fernando porque no es bueno para el reino que el rey no tenga un heredero, “es inadecuado que un príncipe tan excelso quede expuesto a pasiones fuera de lugar”<sup>(1)</sup>, imite a su padre el rey Alfonso IX de León y como él acabe llenando el reino de hijos naturales, porque ambos son físicamente muy parecidos y sus circunstancias personales también: los dos accedieron al trono muy jóvenes y ¡solteros! A Alfonso IX las damas, y las no tan damas, de la corte se lo rifaban descaradamente y él no le hacía ascos a ninguna ¡anda que no me costó a mí esfuerzo e ingenio el tenerlas aleja-

(1) Ximénez de Rada, R.: “*De rebús Hispaniae*”, lib. IX, cap.X.

das! A Fernando no se lo rifan tan abiertamente porque yo lo vigilo, mas como no lo case pronto, a ser posible con una que no sea de la familia, hará lo mismo que su padre. Alfonso IX casó cuando tenía diez y ocho años con su prima hermana Teresa de Portugal. Fernando tiene ya veinte. Alfonso y Teresa tenían tres hijos cuando el papa anuló ese matrimonio por razones de consanguinidad. Como Alfonso no podía estar sin una mujer a su lado se lió con dos damas de la corte y a las dos las hizo madres. Después se casó conmigo por razones inicialmente políticas, aunque la verdad es que acabamos enamorándonos locamente, más locamente él que yo. Éramos muy felices, habíamos tenido cuatro hijos y yo estaba embarazada de un quinto cuando al papa se le volvió a ocurrir que teníamos que separarnos porque éramos parientes: mi padre y él eran primos hermanos. Yo lo pasé muy mal, él parece que no tanto porque volvió con una antigua amante y cuando ésta lo dejó se lió con otras dos y ahora anda con otra, dicen que casado en secreto. Total, siete mujeres, que se sepa, han pasado por su vida y ha tenido cerca de veinte hijos. No, mi hijo Fernando no puede llevar la misma vida que su padre. Tengo que casarlo ya. Sí, tengo que casarlo con alguien que no sea de nuestra familia para que el papa no meta las narices en ese matrimonio y no le amargue la vida como nos la amargó a Alfonso IX de León y a mí.

Doña Berenguela baja de la torre porque le dicen que ha llegado don Mauricio, arzobispo de Burgos y su principal consejero, a quien ha mandado venir. La reina le expone su preocupación:

—Buenas tardes, obispo. Os he mandado llamar porque quiero encargaros una misión muy importante para el reino e incluso para la iglesia. Mi hijo el rey que ya lleva dos años en el trono, ha cumplido los veinte. Necesita una esposa para que viva santamente y no llene Castilla de hijos naturales como ha hecho su padre en León o lo que es peor de bastardos. Necesita una esposa para darle al reino un heredero. Tengo, pues, que buscarle esposa de forma casi inmediata. No es nada fácil puesto que no puede ser infanta de ningún reino de Hispania, tanto da cristiano como musulmán, porque aquí todos somos parientes y seguro que el papa volvería a meterse donde no le llaman como hizo en mi boda con el rey Alfonso de León, el padre de Fernando. No puedo buscar en Inglaterra porque mi madre la reina Leonor era una Plantagenet y la posible novia de Fernando también sería pariente. Tampoco puedo mirar a Fran-

cia (donde mi antepasado Alfonso VI encontró no sé si tres o cuatro esposas) porque Felipe Augusto, suegro de mi hermana Blanca, no tiene hijas. No me queda más remedio que buscar en el Sacro Romano Imperio. Federico II, el Rey de Romanos, lleva casado diez años con mi prima Constanza de Aragón y de Castilla<sup>(2)</sup> por lo que cabe esperar que se muestre proclive a mi petición. Es cierto que del Sacro Imperio yo no tengo un buen recuerdo. Como sabéis cuando no era más que una niña fui desposada con Conrado de Suabia, tío de Federico, un mal hombre, un animal, quien afortunadamente se desentendió de mí cuando comprobó que a través de su matrimonio conmigo nunca podría ser rey de Castilla ya que mi madre dio a luz poco después a mi hermano Enrique. Pero las circunstancias ahora no son las mismas, no será un alemán quien venga a reinar aquí sino una alemana quien sea la esposa del rey castellano. Así que voy a enviaros a Alemania para que le busquéis esposa a mi hijo, vuestro rey.

—Señora: vuestros propósitos me parecen loables. Está claro que el rey necesita una esposa y el reino un heredero. Así que puesto que lo deseáis marcharé hacia el Sacro Imperio para pedirle al Rey de Romanos que nos conceda una princesa de su sangre para el rey Fernando. Llevaré como compañeros de viaje a quienes no me creen problemas ni en Francia ni en el Imperio por intentar enamorar o liarse con damas de esos territorios. Se me ocurre que los mejores serán caballeros de las órdenes y algunos religiosos. Y como la presencia de tantos eclesiásticos pueda hacer que la gente piense que en lugar de buscar una reina vamos a buscar una monja también podré llevar algunos infanzones bien casados y de edad madura, que por ese motivo de la edad no se dediquen a tontear con las damas.

A finales del mes de mayo de 1219 don Mauricio con un séquito formado fundamentalmente por eclesiásticos tales como Pedro Odoario (prior de la Orden del Hospital en Hispania), García González (maestre en Castilla de la Orden de Santiago), Pedro Rodríguez (abad de San Pedro de Arlanza), don Rodrigo (abad de Santa María de Rioseco) marcha hacia Ale-

(2) Constanza de Aragón y Castilla, era hija de Afonso II de Aragón y Sancha de Castilla. Ésta era tía carnal de Alfonso VIII de Castilla, el padre de Berenguela. Sancha y Alfonso de Castilla eran de la misma edad y se decía que la tía estaba enamorada del sobrino.

mania escoltado por caballeros de las órdenes y por ricos-hombres castellanos.

Un mes de viaje les cuesta llegar a tierras del Imperio y quince días en encontrar a la itinerante corte imperial. Don Mauricio lleva una carta del rey Fernando para Federico II Rey de Romanos y otra de la reina Berenguela para su prima Constanza esposa de éste. Dicen así:

Carta del rey Fernando de Castilla a Federico Rey de Romanos y de Sicilia.

*Don Fernando, por la gracia de Dios rey de Castilla y Toledo. A don Federico, César y Augusto Rey de Romanos y de Sicilia por la gracia de Dios, salud y gracia.*

*Como bien sabéis nosotros los reyes necesitamos tener herederos legítimos para que después de Nos rijan nuestros reinos con justicia y de acuerdo con la voluntad de Dios. Esos herederos legítimos sólo pueden proceder de un matrimonio entre iguales por sangre. En mis reinos y en los otros reinos de Hispania me es imposible encontrar esposa que sea igual a mí en sangre porque todos los príncipes y reyes somos parientes y el papa no aprobaría ese matrimonio. Por otra parte, el matrimonio entre dos personas de sangre real y originarias de reinos diferentes suele dar lugar a alianzas entre esos dos reinos; eso es lo que ocurrió entre Sicilia y Aragón cuando vos, rey de Sicilia, casasteis con mi tía Constanza de Aragón y Castilla. Por todo lo cual os ruego y pido que si es posible busquéis entre las mujeres de vuestra familia a aquella que por sus cualidades pueda ser mi esposa y reina y que después de las correspondientes negociaciones entre vuestros representantes y mis emisarios sobre su dote y la alianza entre nosotros dos y los territorios que regimos por la gracia de Dios, la entreguéis a mis emisarios quienes la protegerán con sus vidas hasta que llegue a Castilla y ella y yo podamos contraer el santo sacramento del matrimonio. En Burgos, en mayo de mil y doscientos y cincuenta y siete años de la Era, mil y doscientos y diez y nueve año del Señor. Yo, el rey.*

Carta de Berenguela reina de Castilla a Constanza, reina de Romanos y de Sicilia.

*Doña Berenguela, por la gracia de Dios reina madre de Castilla y Toledo. A la cesarisa, pía y augusta doña Constanza, por la gracia de Dios reina de Romanos y de Sicilia, salud y gracia.*

*Prima: mi hijo el rey Fernando de Castilla ha cumplido ya los veinte años y ... está soltero. Como bien sabes por ser esa costumbre y norma de los reyes, a su edad hace ya tiempo que debiera estar casado, tanto por dar un heredero legítimo a la corona como para vivir alejado de los pecados de la carne tal como enseña y manda la Santa Madre Iglesia. No puedo intentar casarlo con una infanta de cualquier reino de Hispania porque como también sabéis todos somos parientes y ese matrimonio no sería aprobado por el papa como ocurrió con el mío y el rey de León, matrimonio del que nació Fernando. Tampoco puedo casarlo con una dama de mi corte porque la familia de ella trataría de obtener ventajas e incluso entrometerse en la gobernación del reino. Así, pues, os ruego que busquéis entre las damas de la familia de vuestro esposo a la que pudiera convenirle como esposa a mi hijo y que intercedáis ante vuestro esposo para que le conceda a mi hijo la mano de esa dama pariente suya y vuestra. Si vuestro matrimonio sirvió para reforzar la alianza entre Aragón y Sicilia, el de Fernando con una dama de la familia Hohenstaufen haría otro tanto entre el Sacro Romano Imperio y el reino de Castilla. Recibid el abrazo de vuestra prima. Berenguela de Castilla. En Burgos, en mayo de mil y doscientos y cincuenta y siete años de la Era, mil y doscientos y diez y nueve año del Señor.*

Aunque en realidad quien ha enviado las cartas es la reina madre doña Berenguela los castellanos hablan al futuro emperador como si quien las envía fuese el rey de Castilla y le piden que le conceda a éste la mano de una princesa de la familia imperial, la familia Hohenstaufen.

La única que está soltera es Etisa, prima hermana de Federico, quien hace siete años cambió de nombre para pasar a

llamarse Beatriz Isabel como homenaje a una hermana muerta que llevaba este nombre. Federico decide que tras las oportunas negociaciones con el resto de la familia sobre los bienes que le corresponden en la herencia de su padre, Etisa marche a ser reina de Castilla.

Etisa o Beatriz Isabel es hija de Felipe Hohenstaufen, duque de Suabia y rey de Romanos y de Irene Ángelo. Es, pues, nieta por parte paterna del emperador Federico I y por la materna del emperador de Bizancio Isaac II Ángelo “los dos emperadores más grandes y preclaros en el mundo universo”<sup>(3)</sup>.

Felipe fue asesinado en 1208 y pocos meses después Irene, su esposa, murió de dolor. Los cronistas de la época dicen que Felipe fue un hombre valiente y guapo; hablan muy bien de su dulzura y generosidad. A Irene la calificaron como la rosa sin espinas, la paloma sin malicia. Etisa, que tenía tres años cuando quedó doblemente huérfana, heredó las buenas cualidades de ambos y quedó bajo la protección de su primo Federico, titular del Regnum, esto es de Sicilia y Nápoles. Allí y con él vivió hasta hace tres años, cuando Federico fue elegido futuro emperador o Rey de Romanos momento en el que la llevó al ducado de Suabia. Etisa, llamada ahora Beatriz Isabel, tiene catorce años.

En Sicilia la esposa de Federico II, Constanza de Aragón y Castilla –cuarenta años– trató a Etisa más como hija que como prima. Con ella y con sus damas de origen hispano Etisa aprendió a balbucear el castellano. Con las demás personas hablaba en siciliano. Durante los tres años que ha estado en el ducado de Suabia ha aprendido el tudesco. Etisa es, pues, capaz de entender tres idiomas: castellano, siciliano y tudesco aunque sólo se exprese con fluidez en siciliano. Su mayor consuelo son los libros, sobre todo los escritos en latín, ya que está muy bien formada intelectualmente. No en vano se ha criado en la corte de Federico a quien todos califican como “stupor mundi” (asombro del mundo) por sus extensos conocimientos (se dice que habla nueve idiomas y que escribe en siete) y que es un experto en filosofía, astronomía y matemáticas, en botánica y medicina. Ese apelativo de “stupor mundi” también se le aplica por su carácter socialmente heterodoxo e iconoclasta, es decir, por no ser muy dado a los convencionalismos cortesanos.

---

(3) Crónica latina de los Reyes de Castilla, 50. Puede verse en: [http://www2.uned.es/ca-zamora/libros/2001\\_Fernando\\_III.pdf](http://www2.uned.es/ca-zamora/libros/2001_Fernando_III.pdf)

Durante cuatro meses los representantes castellanos discuten con el príncipe Wenceslao de Bohemia y con el duque de Brabante, esposos respectivamente de Cunegunda y María, hermanas de Beatriz Isabel sobre la herencia que le corresponde a ésta en Suabia y con Federico sobre la dote que el novio rey de Castilla entregará a la novia.

Durante esos cuatro meses la reina Constanza informa a Beatriz Isabel sobre lo que va a encontrar en Castilla y le da apresuradas lecciones para que perfeccione al castellano.

—Mirad, Etisa, mirad mi “dulcísima domicella”, dulcísima señorita, como os llaman las damas sicilianas que os acompañan, mirad Beatriz, porque así os llamáis ahora y por ese nombre os conocen los castellanos que han venido a pedir vuestra mano, vais a ser reina de un territorio muy diferente al del reino de Sicilia y a Alemania. Castilla también tiene montañas y llanuras como las del Regnum pero en Castilla predominan las infinitas llanuras, verdes por los pastos o los cereales durante el invierno y la primavera y oscuras u ocreas el resto del año. Vais a vivir entre gente austera y no tan dada al jolgorio como los sicilianos; los castellanos son secos y aparentemente poco afectuosos, pero cuando los conozcáis no encontraréis a nadie más fiel y leal que ellos. Quien va a ser vuestro marido según me dicen es apuesto y bueno. Como salga a su padre el rey Alfonso IX de León no podrá estar sin una mujer a su lado, así que tendréis que ir siempre con él y seguro que os llenará de hijos o al menos lo intentará. Con vuestro suegro el rey Alfonso IX de León no tendréis problemas porque padre e hijo no se hablan por pura cabezonería del padre quien quiso ser rey de Castilla en lugar de Fernando sin darse cuenta de que los castellanos no lo hubieran aceptado jamás. Quien sí os puede crear problemas es vuestra suegra la reina Berenguela, siempre muy en su papel de reina madre, y que es quien realmente lo dirige todo porque vuestro futuro marido por su juventud tiene poca experiencia en los asuntos del reino y hace cuanto su madre le dice, aunque en honor a la verdad he de reconocer que Berenguela es inteligente y bien intencionada. No creo que se meta en vuestra alcoba ya que ella sabe muy bien lo que es el amor y vivir enamorada, porque lo estuvo, y mucho, de su marido Alfonso IX hasta que al cabezón de Inocencio III se le ocurrió separarlos. Después se distanciaron porque Berenguela siem-

pre antepuso los intereses de Castilla a los suyos propios. De lo que sí estoy segura es de que vuestro marido no os será infiel. Si quisiera serlo su madre sacaría los ojos a la posible amante. Porque os conozco, casi puedo decir que os he criado, y porque conozco a los castellanos, paisanos de mi madre, creo que vais a ser feliz y una buena reina. Lo que ya no puedo aseguraros es que os divirtáis a pesar de que, según me dicen, vuestro futuro marido el rey Fernando III es amigo de cantar, por lo visto lo hace bien, y de los juglares y trovadores.

—¡Ay, prima Constanza! ¡Estoy ilusionada con quien va a ser mi marido! Todos me dicen lo mismo que vos, que es guapo, bueno y valiente. No tengo miedo a ir a un país donde no conozco a nadie y a tratar con gentes cuyas costumbres ignoro, llevo haciendo eso desde que era niña. A lo que tengo miedo es a no complacer a mi marido y a quienes van a ser mis súbditos. En definitiva: tengo miedo a ser una mala reina.

—No tengáis miedo, mi niña, Dios os ayudará. Para que no os sintáis tan sola dejaré que vayan con vos las damas aragonesas que quieren ir y que me acompañan desde que me casé. Creo que echan en falta el sol de Hispania. También dejaré que vayan con vos las damas sicilianas que os han acompañado desde que mi marido, el entonces rey Federico, os trajo a vivir con nosotros. No tengáis miedo, mi bien, seréis una gran reina.

Después de recorrer media Alemania la comitiva castellana vuelve a encontrar a la itinerante corte de Federico. Han concluido las negociaciones de los castellanos con el príncipe Wenceslao de Bohemia y con el duque de Brabante, cuñados de Beatriz, sobre el reparto de la herencia familiar y Federico las ha aprobado. Éste se dispone a entregar Beatriz a los castellanos.

La despedida entre Beatriz y sus primos y protectores Federico, Rey de Romanos y de Sicilia y la reina Constanza está llena de dolor. La reina, cuarenta años de edad, ha sido como una madre para ella; el emperador, de veinticinco, es como un hermano.

—¡Ay, Etisa, mi niña, mi hermana pequeña más que mi prima! ¡Qué triste vamos a quedar Constanza y yo sin alguien que es para nosotros como la hija que no tenemos! ¡Qué triste va a quedar mi hijo Enrique, ocho años, cuando pierda a quien



es como su hermana! ¿Quién le dará mimos y le hará carantoñas? ¿Con quien jugará y a quien hará rabiarse con sus juegos? En la corte sin tu presencia y tu sonrisa, sin tu dulzura y belleza parecerá que se ha puesto el sol. Pero, en fin, nosotros los príncipes tenemos que sacrificar nuestras vidas en beneficio de nuestros reinos. Me han dicho que el rey Fernando de Castilla es un buen mozo y una buena persona. Espero que te haga feliz; pero, si te sientes mal o maltratada házmelo saber y mandaré a buscarte. Por nada del mundo permitiré que nadie haga sufrir a mi niña, a mi hermana pequeña –dice quien pronto será consagrado como emperador Federico II.

La reina Constanza y Beatriz se abrazan casi convulsivamente. Las lágrimas y los sollozos les impiden articular palabra. Al cabo de unos minutos logran serenarse.

–¡Beatriz, mi vida! ¡Qué dolor y que angustia me causan tu partida! Cuando quedaste huérfana y Federico te trajo con nosotros nunca pensé que pudiera llegar a quererte tanto. Vas a ser reina y no tienes más que catorce años. Me da una cierta pena pensar que no vas a poder jugar con otras doncellas de tu edad, que seguro es lo que hoy más te apetece. Pero, en fin, como ha dicho tu primo nosotros, los miembros de las familias reales, tenemos que sacrificar nuestra vida en beneficio de los reinos ¡Ay, mi vida! ¡Abrazame una vez más! ¡No llores! No te olvides de nosotros, nosotros jamás te olvidaremos.

Tras la despedida Federico entrega a los castellanos a la joven, casi niña, que va a ser su reina y autoriza a las damas hispanas que sirven a doña Constanza para que si quieren marchen a Castilla con Beatriz; lo mismo hace con las doncellas sicilianas que la sirven desde hace años.

Federico dispone que Beatriz y sus damas sean escoltadas además de por los caballeros castellanos llegados hasta Alemania por un grupo de caballeros alemanes hasta que la comitiva llegue a Francia.

Al entrar en territorio francés el rey Felipe II Augusto, suegro de Blanca de Castilla (hermana de Berenguela) quien está casada con Luis el heredero francés, agrega a la comitiva otra escolta de caballeros franceses; los alemanes regresan a su país. El séquito de la futura reina castellana es recibido en París con los máximos honores y Beatriz Isabel es mimada y tra-

tada por la princesa Blanca de Castilla que va a ser su tía como si ya fuese realmente una reina. El arzobispo de Burgos, don Mauricio, que es de origen francés y que ha estudiado en París se siente feliz; observa con gran interés las nuevas formas y modelos que se dan a las catedrales que están en construcción tanto en Alemania como en Francia y que tan diferentes son a las inspiradas en la arquitectura romana; piensa que tendrá que hacer algo similar en Burgos.

Los caballeros franceses acompañan a Beatriz hasta la villa llamada Vitoria fundada hace unos cuarenta años por el rey Sancho VI de Navarra a los pies de la aldea conocida como Gasteiz y que hace unos veinte Alfonso VIII incorporó a Castilla.

En Vitoria está la reina Berenguela quien ha ido hasta allí para recibir a la que va a ser su nuera. A la reina madre castellana la acompaña una cuantiosa representación de religiosos varones y caballeros de las órdenes, de abadesas y dueñas tanto religiosas como seglares, de ricashembras e infanzonas todas ellas vestidas con sus mejores galas.

Beatriz queda turbada ante quien va a ser su suegra y ante tantos e importantes personajes, pero le duele que su prometido no haya venido a recibirla. El encuentro quiere ser cordial, más resulta únicamente protocolario: doña Berenguela es mucha reina y no puede abdicar de su condición, quiere dejar bien claro desde el primer momento quien es quien. Así y todo, como la cortesía se impone saluda a su ya casi nuera con las mejores palabras. Tras una reverencia de Beatriz, que doña Berenguela no impide, y de un intercambio de besos fríos, toma la palabra la reina madre:

–Bienvenida seáis hija mía a vuestro reino. Sentaos o mi lado para recibir el homenaje de los vasallos. Vuestro futuro esposo, mi hijo el rey Fernando no ha podido venir a recibirlos por impedírselo sus tareas como rey. En su nombre viene lo más granado de Castilla y yo misma para ponernos a vuestra disposición y servicio. Estaremos aquí un par de días con el fin de que descanséis de vuestro largo viaje. Después marcharemos a Burgos donde nos espera el rey para servirlos. Mientras, decidme lo que queréis e inmediatamente lo tendréis.

Con un gran esfuerzo por hablar en un castellano que no domina, la adolescente, abrumada y un tanto confusa Beatriz responde:

–Muchas gracias, mi señora y reina. Trataré de ser una buena esposa para vuestro hijo, una buena hija para vos y una buena reina para los castellanos.

Uno a uno y una a una los caballeros y damas presentes van pasando ante la reina madre y la prometida de su rey; hacen una genuflexión ante ellas y ademán de besar sus manos. Las damas castellanas examinan con sus miradas, de arriba abajo, a la joven que va a ser su reina y han de aceptar, entre cuchicheos, que la joven alta y bien formada, rubia y con los ojos azules es más guapa que todas ellas. Lo mismo piensan los religiosos y caballeros. Un cronista de la época la calificará como “buenísima, bella, sabia y ruborosa”<sup>(4)</sup>.

Son los primeros días de noviembre (1219). Desde Vitoria la comitiva, bien abrigada porque ya se siente el frío, se dirige a Burgos. Lo hace por la parte de la ruta jacobea vasca que después pasa por las castellanas Puebla de Arganzón, Miranda de Ebro, Pancorbo, Briviesca. Alfonso VIII convirtió hace unos años esta ruta en camino real o lo que es lo mismo: hizo que fuera más ancho que los demás caminos y reconoció los fueros municipales de los principales lugares que atraviesa.

Si te ha gustado el capítulo puedes adquirir el libro en papel pulsando en el enlace que sigue:  
<https://bibliotecaonline.net/libreria/Alfonso-X-el-Sabio-no-santo-p103535596>